



LA EXPLOTACION MADERERA EN EL PRETERITO DE COLOMBIA

Doctor ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ

(CONTINUACION)

La República

La vida republicana de Colombia se inició en condiciones muy especiales para nuestro conservacionismo forestal. En un largo período inicial, que fue de guerras y, por tanto, de reclutamientos, de abandono de los campos, de los ganados, de las selvas y de los caminos, la manigua volvió por sus derechos y el conocimiento de los recursos naturales, y entre ellos, de los forestales, se refugió en reductos, muy encumbrados sí, pero sin comunicación con la masa de los trabajadores, a los cuales solo tocaba pagar tributo de sangre a la holganza y al engrandecimiento de unos cuantos apellidos. Como no había en el país ferrocarriles, ni barcos en los ríos y como se olvidó la marina mercante nacional, la explotación forestal se redujo, y las maderas se devaluaron. Lo que se hacía era quemarlas en grande para adquirir títulos de dominio sobre las tierras.

Indalecio Liévano Aguirre ha revelado que algunos de los hombres más influyentes en la época de la independencia, eran explotadores de quinas. Seguro que los habría ateniados a lo legal, pero otros eran simples contrabandistas que despachaban la corteza a las Antillas para venderla allá a los ingleses y holandeses, y bereberes, que

la requerían para despacharla a otros pueblos de origen distinto del español, dejando en los montes abandonados a la putrefacción, infinitos troncos de Cinchonas.

En esto también seguían los exportadores las huellas de J. C. Mutis que, él sí, con permiso del Virrey, envió a Cuba a su sobrino Sinforoso a que vendiera un cuantioso lote de quina, que se le había quedado en los depósitos de Honda, cuando inició, por orden del Rey Carlos IV, las exportaciones para la Real Botica de Madrid. El sabio se equivocó al valorar la acción antimalárica de las quinas del Nuevo Reino identificándolas con las de Loja. Más cierto: desde Madrid le hicieron equivocarse. Pero no le faltó la honradez ni su escrupulosidad farmacognóstica para enviar solo aquello que creía ser útil a los enfermos y, como tal comprobado. En cambio los cascarrilleros que le siguieron en Popayán, Neiva y Bogotá, fallaron bajo uno y otro concepto y desembocaron en el descrédito de la quina colombiana que hubiera podido convertirse en nuestra mayor industria exportadora antes de que Nicolás Sáenz hiciera llegar a Londres los primeros sacos de café suave colombiano y mientras los ingleses, con híbridos de quinas americanas, creaban los quinares del Asia.

Así recibimos los primeros arreboles del siglo presente.

Cierto que el autor quisiera tener más experiencia sobre los procedimientos seguidos en el pasado reciente para obtener tanta materia prima como han consumido las construcciones navales, viales y urbanas de Colombia, hoy en servicio. Pero le basta recordar lo que vió practicado en los bosques del extenso Municipio de Chiriguaná, cuando construía, con maderas, los campamentos para sus ensayos sobre decorticación de la pita del Magdalena, para apreciar el alto porcentaje de pérdidas sufrido por los bosques colombianos merced a la explotación antieconómica, por hombres y con instrumentos primitivos y que, en último término se consumaba con la quema corrida indiscriminada. Comencemos, pues, con esa pequeña historia.

Terminado el periodo de las lluvias salían del poblado unos cuantos aserradores con hachas, serrotes y barretones para al monte, al sitio donde ya de antes, en exploraciones intencionadas o en eventuales partidas de caza, habían observado árboles sanos, rectos y no demasiado gruesos ni duros, los cuales habían marcado con su machete. Los primeros presentaban dificultades para el derribado, los duros, rompían el filo de las hachas. Allí acampaban, desbrozaban un espacio suficiente y levantaban una troja para elevar el tronco de suerte que el serrote pudiera jugar en toda su longitud. Seguía el derribado del árbol, operación que exigía toda la experta sabiduría de los hacheros, para que el tronco, al caer no se desastillara ni quedara suspendido en el aire por árboles vecinos. Ordinariamente eran dos, los más fuertes del grupo, los que trabajaban sobre el mismo tronco para estimularse con el compás alternante de los golpes y con el chillido de los filos, cuando se desprendían de la ma-

dera húmeda. Allí comenzaba la primera pérdida en grande de los productos arbóreos. Porque la operación de cortar árboles con el hacha, exigía cierta altura de corte y dejaba en el suelo un muñón, soco o tocón, alto como de un metro, de la mejor madera, el cual solo la putrefacción podía eliminar. Luego venía la limpia, no solo de los árboles y ramas que impedirían la total caída, sino de las del mismo árbol, a veces gruesas, hasta que el tronco podía rolarse como cilindro. Entonces se lo subía y se lo colocaba en la troja. Solo rodillos, palancas y fuerza muscular lograban esta operación, la más pesada del aserrio.

Entonces se desnudaba al árbol de toda su cáscara; corteza y liber. El proceso del aserrado se iniciaba cortando una tapa, a todo lo largo del cilindro sin más guía que la dirección pedida por el plano del serrote. Ya sobre caras planas, se iban trazando, a su tiempo, líneas rectas, paralelas para seguir las en los cortes sucesivos. Estas líneas se dibujaban con una lienza empapada en tinta de anilina, templándola bien y aplicándola a las distancias convenientes según se iban a cortar tablas o tablones o alfajías o postes. La segunda pérdida considerable del producto industrial provenía de la apertura de los dientes del serrote en cuyo trabado solían excederse los obreros, para que con el ancho de la abertura no se les entrara ni mordiera el hierro. Así se convertía en aserrín una gran porción de madera.

La tercera pérdida considerable acontecía por la desecación en "castillos" mal hechos, inconveniente que conducía a hendimientos, torceduras y combas de las tablas; al ataque por insectos, mohos y otros hongos.

La cuarta finalmente, provenía del transporte de la madera por cabalgaduras y bueyes que arrastraban las

piezas por uno de sus extremos. Este se desgastaba y se perdía el escuadre de las puntas.

Por último se debe tener en cuenta que la penuria y el aislamiento en que siempre vivieron nuestros trabajadores de la selva, los condujo a pérdidas irremediables de mucha madera, más o menos procesada, que por recrudescimiento intempestivo del invierno o por averanamiento de las quebradas debió ser abandonada en condiciones desfavorables para su conservación.

En otros países

Sin embargo, de lo dicho sobre la prodigalidad y falta de técnica en el manejo de nuestros recursos naturales madereros que se nos echan en cara a todos los suramericanos, se deben poner en claro algunos puntos.

Piensan algunos que la devastación de los bosques colombianos, por quema y defectuosa economía, (malos beneficios y destino), provienen, o bien de una apreciación justa de la heterogeneidad de nuestros bosques espontáneos, o bien de vicios tradicionales indígenas y españoles. No. Del mismo lado cojean países de otras culturas y razas y que perdieron, por iguales procedimientos, bosques, aún homogéneos, que poseían. Y ello no sucedió en la antigüedad remota de las culturas mesopotámicas, sino en épocas relativamente recientes y tal vez en todo el mundo, con excepción de aquellos pueblos cuyos bosques se ampararon en una fina percepción estética o en un sentido místico tradicional druídico. Se los podrá contar en los dedos de la mano.

El libro de Guy-Harold Smith, **Natural Resources**, dice así:

"Cuando desembarcaron, en 1620, los primeros colonizadores de Massachusetts, una dilatada selva cubría la mitad de la nación hoy americana que

podría evaluarse en 822.000.000 acres, (más o menos 33.000.000 hectáreas. Nota del A.) Este inmenso bosque contenía más de 1.100 variedades de árboles, de las cuales, alrededor de 100 han sido halladas de amplia significación económica. En ninguna parte del mundo existe tanta diversidad de especies como en las selvas de los Estados Unidos".

"Las selvas vírgenes de Norte América eran tan magníficas que nuestros primeros colonizadores las creyeron inagotables. Como consecuencia, grandes cantidades de madera de alta calidad fueron destruidas durante el proceso del desmonte hecho con miras a lograr tierras agrícolas".

J. H. Hall, quien desarrolló para el Libro Centenario de la American Association for the Advancement of Science publicado en Washington D. C. en 1950, el tema: "**Wood in an industrial World**", expresa la misma idea con estas palabras:

"Naturalmente, el resultado más importante de la capacidad del hombre para cosechar y procesar tan rápida y pródigamente los árboles, ha sido la desaparición de las selvas vírgenes, característica del mundo preindustrial. El uso pródigo de nuestras selvas propias, que caracterizó nuestra vida nacional durante el siglo pasado no tiene paralelo en la historia del mundo. No solo hemos llegado a ser terriblemente eficaces para manufacturar la madera sin relación con el bosque, sino que también nos hemos vuelto terriblemente activos en desmontar con finalidades agrícolas a expensas de la selva y también a veces a costa de la misma tierra.

Esto sucedió en los Estados Unidos, donde más recriminaciones se originan contra España, contra Italia y contra la América Latina, por su manejo forestal. Solo que la nación anglo-americana ya viró en redondo desde 1910,

y nosotros vamos a toda vela hacia la catarata.

Industria primaria

El despilfarro que se hizo de las maderas colombianas se nos manifiesta en muchos detalles de la primera industria que pudo desarrollar el país, en la época en que sus caminos eran de herradura, salvo en pequeños tramos desconectados. El más impresionante, por su impacto sobre los recursos naturales fue la quema de leña por los vapores del río Magdalena. Quienes vimos ese período de la única comunicación entre el centro demográfico y las costas del Caribe, no podremos olvidar los aspectos del **leñateo**: de las demoras para cargar leña; de los acarreadores; de las chimeneas con su penacho de chispas en la noche, del peligro de los incendios en las chozas y en los cañaverales. Pero no todos averiguaban lo que pasaba más allá de la orilla, en los bosques, donde grupos de leñadores palúdicos, pero valientes, se instalaban escalonados, para descuajar la montaña, para volver leña las maderas más finas, que son las que dan más calorías; caoba, roble, dividive, dinde, tolú, y cobrar por cada metro cúbico unos pocos pesos que se convertían en sustento, bebida y vestido, pero nunca en mejores bienes de cultura estable. Hubiera sido fácil calcular la leña gastada por el número de vapores, por el promedio de los viajes que cada navío realizaba, medir el desgaste de la selva magdalenesa y precisar una posible economía de calidades que para el día de hoy significaría reserva de las más preciosas maderas en óptima localización para su transporte. No se hizo y ya es tarde.

Al reflexionar sobre el adelanto que las industrias de transformación han alcanzado en Colombia, quiero dedicar un recuerdo a tanta carpintería

de pueblo como conocí cuando niño y que me inspiraba simpatía, curiosidad y fascinación. Talleres sin maquinaria ni poleas que amenazaran atraparme: talleres limpios, porque la viruta y el aserrín no manchan; talleres donde a fuerza de brazo y de maestría se fabricaba tanta cosa que encargaba el vecindario y que me enseñaron las aplicaciones de muchos problemas que, en teoría aprendíamos en la escuela: dibujo, perspectiva, aritmética, geometría; el compás, el metro, la plantilla, la garlopa, el cepillo, el serrucho, la sierra de curvar, el formón, la gurbia, el tornillo, los martillos, el clavo, las prensas de tornillo, la cola y el barniz. Sobre todo, en esas carpinterías aprendí, a amar al pueblo artesano, a apreciar la madera y la alta alcurnia del trabajo paciente de las manos. Fueron contactos con la vida que me hicieron bien a lo largo de toda la mía. Creo que la primera realización útil de mi existencia, fue una banqueta fabricada con retal de tablitas que me regaló un maestro carpintero y que destiné a que se sentara en él la vieja cocinera, mientras a mí me servía para alcanzar el estante donde guardaban el chocolate.

Un último punto merece considerarse sobre el pasado y aún el presente de nuestros bosques madereros. Colombia no ha iniciado todavía su defensa contra los insectos xilóvoros o destructores del follaje. Siempre me impresionó, viajando de noche por el río Magdalena, línea privilegiada para ponerse en contacto con la selva, o también hospedándome en casas vecinas a grandes masas forestadas, la multitud sin número de insectos que acuden a las luces y faros, de barcos y viviendas. Desde los estupendos **Dynastes Hércules**; por los arlequines o **Aerocinus longimanus**; los aserradores, (**Macrodonia**); los trozadores, (**Cyclocephala**), hasta los termites y gorgo-

jos. Los veo revolar en legiones; calculo sus progenies; los sigo con la imaginación a la selva, casi oigo el crujir de las maderas entre sus mandíbulas y me pregunto por la suerte de los bosques en Colombia los cuales invitamos a que los planten hombres casi sin recursos, sin instrucción y confiados en

gobiernos de acción tan retardada como son los nuestros y de científicos, como los que tenemos, que no pueden dedicarse al bosque.

(De la obra bajo impresión "El Bosque Maderero Colombiano", por Enrique Pérez Arbeláez. Capítulo cedido para la Revista de las FF. AA.)

"El momento presente de Colombia en relación con las maderas, es definitivo para su porvenir y exige la comprensión y la actividad coordinada de todos sus hombres. De los gobernantes, de los profesionales de la silvicultura, de los investigadores científicos, de los terratenientes, de los obreros y también de los soldados. La misión esencial del hombre armado es defender a la comunidad, si se la ve atacada, y de mantener, en el interior el orden legal, derechos y libertades, cuando acaso, las pasiones humanas las amenazaren. Pero si el soldado recibe un arma que no es precisamente para besar, ni pelota con qué entretenerse, también se le dá, a un costo elevado, una educación de solidaridad, de compañerismo, de patriotismo, de prestigio, de influencia en la opinión y de esperanzas.

Por eso siempre he creído que las Fuerzas Armadas están vinculadas a los Recursos Naturales de Colombia; obligación de estudio, deberes de tutela, exigencia de amor; con los suelos, con las aguas, con los bosques, con las maderas, con la fauna, con la fecundidad y la alegría de los campos. Porque en ellos está el futuro. Porque todo lo demás, en su comparación, es inestable que no marca el destino.

Por eso amo el uniforme. Porque marca a un hombre estructurado para los demás hombres".